



CENTRO DE REFLEXIÓN EN POLÍTICA INTERNACIONAL

Análisis de coyuntura

Año 2018 / Mes: julio / Nº 4

El **Centro de Reflexión en Política Internacional** fue creado en 1995 y tiene como objetivos principales: **promover e impulsar una instancia de análisis, discusión y seguimiento de la política internacional argentina, analizada en sus diversas fases pasadas, presentes y futuras; y constituir un ámbito de capacitación, actualización y producción académica en Política Exterior Argentina.**

Macondo comienza a despertar

María Laura Malagamba

La reinención discursiva de la derecha colombiana

A contramano de la mayoría de los países de América Latina que siguieron patrones de alternancia en el poder de gobiernos civiles y golpes militares, Colombia sufrió de manera particular un proceso de violencia y “normalidad” institucional en el último cuarto del siglo XX.

Tras un largo tiempo en que la violencia ha servido como un mecanismo que ha bloqueado la posibilidad de discusión sobre cuáles eran las necesidades sociales y democráticas de la sociedad colombiana, el proceso electoral que tuvo lugar recientemente instaló una lucha entre dos modelos políticos antagónicos.

Las cifras hablan por sí solas, Colombia fue durante 2016 y 2017 el primer país del mundo en número de desplazamientos forzados, relegando en segundo lugar a Siria¹. A su vez, según el Banco Mundial, fue el segundo país más desigual de América Latina, después de Honduras, y el séptimo en todo el mundo. Sin embargo, quizás lo más cruel sea el atropello a los derechos humanos invisibilizado por las cadenas de medios globales, que ocultan los asesinatos que se han vuelto moneda corriente; pero la realidad es contundente entre el 1 de enero de 2016 y el 30 de junio de este año se asesinaron a 311 ciudadanos colombianos que eran líderes sociales y defensores de derechos humanos.²

En una Colombia magullada por la desigualdad y desamparada frente a un estado ausente, tuvo lugar el pasado 17 de junio la segunda ronda electoral cuyo resultado erigió como Presidente a Iván Duque, candidato del Centro Democrático, frente al exalcalde de Bogotá, Gustavo Petro.

¹ IDMC (Internal Displacement Monitoring Centre) (2017), “Informe Mundial sobre Desplazamiento Interno 2017”.

² Defensoría del Pueblo de Colombia (2017), <http://www.defensoria.gov.co/es/public/contenido/7399/Homicidios-de-l%C3%ADderes-sociales-y-defensores-de-DDHH.htm>. [Fecha de consulta: junio de 2017]

Los procesos electorales siempre nos sitúan frente a una lucha que se emprende por la pretensión de tomar el poder y ejercerlo. Suponen un proceso de distinción nosotros–ellos con un fuerte componente afectivo, pasional, que los impulsa. Sin embargo, esta disputa presentó elementos de análisis inéditos.

Es de público conocimiento que las elecciones registraron el más elevado índice de participación desde 1974, y que **por primera vez desde 1999, la cantidad de personas que expresaron su opinión en los comicios superó al abstencionismo**. La variedad de opciones electorales, el fenómeno “Petro” y el acuerdo de paz con las FARC fueron clave a la hora de acercar a los ciudadanos a las urnas.

Sin embargo, aquí nos interesa analizar la victoria de Duque desde otro punto, haciendo foco en que la derecha colombiana se vio forzada a mostrar una nueva cara ante un desafío impensado: una centroizquierda que obtuvo más de 8 millones de votos en un país conservador donde durante años reinó la apatía política.

La derecha ha registrado el discurso progresista y muy a su pesar, toma algunos puntos para construir una mayoría para ganar en las urnas. Hay un nuevo lenguaje y una forma de presentarse ante la sociedad que registra las transformaciones culturales y de sentido común que se están dando en el plano nacional e internacional.

Tras el rechazo del “Plebiscito por la paz” por un estrecho margen (50,2% por la negativa frente al 49,7% a favor del pacto) en una votación en que apenas participó el 37,8% de la población, comenzó a consolidarse en Colombia una nueva derecha. Ante la sorpresa por el resultado inesperado, Juan Manuel Santos decidió ratificar el acuerdo con su mayoría parlamentaria sin volver a apelar a la consulta ciudadana, confirmando que la decisión ya estaba tomada. De esta manera el corolario de la confusa historia del plebiscito fue un Santos destinatario de un Premio Nobel de La Paz pero alejado de su electorado y un Uribe capitalizador de un sector de la población alejado geográficamente del conflicto que consideraba insuficiente la justicia que proveerían los acuerdos.

Duque, delfín de Álvaro Uribe y descendiente de una familia con pasado en la conducción política, pertenece a una minoría heredera del saqueo y de la venta del patrimonio nacional a manos extranjeras, y sin embargo discursivamente se aparta de sus orígenes y de su entorno. De esta manera, el flamante presidente colombiano expresa públicamente “Esta tiene que ser una oportunidad para que nos unamos en contra de aquellas cosas que le han hecho daño históricamente a Colombia y una de ellas es la corrupción. Nuestra bandera será la lucha frontal contra la corrupción, la politiquería y el clientelismo”.

En sintonía con las tendencias internacionales, especialmente con el fenómeno estrella francés: Emmanuel Macron, Duque se presenta como un outsider haciendo valer su juventud en un contexto de desencanto y rechazo ante los partidos tradicionales. “Vamos a gobernar con transparencia, vamos a gobernar con eficacia y vamos a devolverle a los ciudadanos la esperanza de volver a creer en las instituciones” apunta en su discurso tras la victoria, cuyo eje es expresar el rechazo ante la política que los ha decepcionado y apartarse de la “oscuridad” y confusión relacionados al Acuerdo de Paz.

Aunque las medidas económicas propuestas sean la disminución del gasto público y una reforma en el sistema de pensiones en pos de elevar la edad jubilatoria. Adopta discursivamente gestos ajenos a su tradición señalando como objetivos principales “la derrota para siempre de la pobreza extrema y la construcción de un país de oportunidades”.

Sobre todo, sabe que necesita exhibir una nueva cara social, más humana y cercana, y tomando conceptos que nunca le pertenecieron a la derecha se aventura a expresar: “nos vamos a convertir de una vez por todas en la Nación de la justicia social, de la política de equidad”.

Es momento de cambiar ante una sociedad que comienza a mirar desde otra perspectiva tras el fin del conflicto histórico que ha llevado a postergar el debate sobre temas políticos, económicos y sociales medulares. Es momento de repensar un Estado precario que ha pecado por ausencia y, a la vez, por presencia traumática mostrándose fuerte con los débiles sin dar respuesta ante las carencias y demandas sociales.

Solo el tiempo dirá si la apropiación de conceptos progresistas por parte de la derecha y el cambio simbólico en su discurso ha sido una victoria a largo plazo de la centroizquierda. Por lo pronto, celebraremos el triunfo de la participación política democrática frente a la apatía y la desesperanza.